

Apuntes de Psicología
2009, Vol. 27, número 2-3, págs. 289-304.
ISSN 0213-3334

Colegio Oficial de Psicología de Andalucía Occidental,
Universidad de Cádiz, Universidad de Huelva y
Universidad de Sevilla

El niño abusado se convierte en adulto: reflexiones sobre algunos casos tratados

Stefano CIRILLO

Escuela de Psicoterapia "Mara Selvini Palazzoli", Milán

Resumen

El autor analiza algunos casos clínicos para reflexionar sobre diferentes resultados que la experiencia del abuso sexual sufrido en la infancia puede tener en la influencia del desarrollo de un sujeto de sexo masculino. Se proponen tres distintas posibilidades que se pueden detectar en la población clínica. La clásica transformación de víctima a agresor, la persistencia, por el contrario, en la posición de víctima y aquella del espectador relativa a los hermanos varones de víctimas de sexo femenino. Los recursos ofrecidos por el modelo de apego (ofrecido por el progenitor protector, y también por el mismo abusador) en relación a la dimensión del miedo suscitado por el evento traumático juegan un papel determinante en la dirección que puede tomar la evolución del niño abusado.

Palabras clave: abuso sexual, efectos del abuso, víctima de sexo masculino, repetición de la violencia, inhibición de la agresividad, consecuencias sobre los hermanos de la víctima.

Abstract

The author analyzes some cases clinicians to reflect on different results than the experience of the sexual abuse suffered in childhood can have on the influence of development of a male subject. Proposed three different possibilities that are they can detect in the clinical population. The classical transformation of victim to aggressor, the persistence, on the contrary, in the position of victim and one the relative to the victims of female male brothers spectator. The resources offered by the attachment (offered by the parent) model (guard, and also by the same abuser) in relation to the dimension of the fear aroused by the traumatic event play a decisive role in the address that can take the evolution of the abused child.

Key words: Sexual abuse, Abuse, Effects victim male, Repetition of violence, Aggression, Inhibition impact on the brothers of the victim.

Dirección del autor: Escuela de Psicoterapia "Mara Selvini Palazzoli". Viale Vittorio Veneto, 12, 20134 Milán (Italia).
Correo electrónico: stefanocirillo@scuolamaraselvini.it

Este artículo es la traducción el titulado "Il bambino abusato diventa adulto", publicado en el número 91 de la revista *Terapia Familiare* (noviembre de 2009, páginas 161-182). Traducción de Valentina Capecci, Gonzalo del Moral y Miguel Garrido.

Recibido: septiembre 2009. *Aceptado:* septiembre 2009.

Las experiencias infantiles desfavorables

Numerosos estudios ya han demostrado que las *experiencias infantiles desfavorables* (EID; en inglés ACE: *Adverse Childhood Experiences*) tienen efectos negativos a largo plazo, dejando huellas significativas no sólo en el plano psíquico, sino también sobre la salud física del adulto (Bonner, 2006; Malacrea, 2007).

Entre las experiencias estudiadas (por ejemplo, pobreza, catástrofes naturales, guerras, pérdida de uno o ambos padres por muerte, abandono de la familia, encarcelamiento; grave enfermedad física o psíquica, o tóxicodependencia de los mismos, entre otros) no hay duda que el maltrato, físico y/o psicológico, las faltas graves de cuidado y el abuso sexual representan algunas de las condiciones más perjudiciales.

El conocimiento aceptado de esta relación entre trauma en la infancia y sufrimiento en la edad adulta permite que a menudo los operadores que trabajan con niños gravemente traumatizados se pregunten sobre cuál será su destino una vez que se conviertan en adultos, interrogándose si sus esfuerzos reparativos lograrán prevenir estructuraciones de personalidad más o menos seriamente comprometidas.

Partiendo de mi experiencia como clínico, me propongo ofrecer un abanico de situaciones terapéuticas que, sobre la base de algunas redundancias de tipo cualitativo, puedan constituir puntos de partida para encontrar una respuesta a esta pregunta.

Para no dispersarme excesivamente, me centraré en un solo tipo de maltrato, el abuso sexual, que es comúnmente considerado el más extremo y, por tanto, el más devastador para el desarrollo de los menores víctimas.

Además, para focalizar una casuística relativamente homogénea, he decidido exponer

sólo situaciones de víctimas de sexo masculino: se trata de una casuística relativamente poco conocida, ya sea por la probable menor difusión de esta agresión hacia el género masculino, o bien probablemente por una mayor resistencia de los hombres a revelarla.

El efecto del abuso sobre las víctimas en función del género

En el número especial de la revista *Terapia Familiare*, titulado "*L'infanzia negata*" (La infancia negada, n° 46, correspondiente a 1994) fue publicado un artículo de Green referente a este tema, en el que hace un elenco de las consecuencias del abuso sexual e informa, sin comentarlo, de un estudio que atribuye la incidencia más elevada de personalidad borderline entre las mujeres a una violencia sexual más generalizada hacia ellas (Herman y Van der Kolk, 1987). También Benjamin (1993), en su trabajo sobre trastornos de personalidad, afirma textualmente:

"La personalidad borderline es mucho más frecuente entre las mujeres, quizás porque más a menudo son víctimas de abuso incestuoso. Por este motivo, uso los pronombres femeninos en este capítulo para referirme a la BPD (Borderline Personality Disorder). De todos modos, también los chicos pueden sufrir abusos incestuosos." (pág. 145).

Siguiendo a Green (1994), tras identificar una serie de graves secuelas del abuso sexual infantil (ansiedad, depresión, bajo nivel de autoestima y comportamientos suicidas, abuso de drogas, disfunciones sexuales, vulnerabilidad de las víctimas de sexo femenino a sufrir nuevos episodios de violencia en la vida adulta), recuerda que un número menor pero significativo de ellos se convertirá en autor

de acoso sexual a niños. Y concluye: “*Parece existir un vínculo fuerte entre la violencia sexual infantil y el posterior comportamiento violento en los hombres*” (pág. 27).

Sobre este tema, Benjamin formula a su vez una cuestión implícita (y desarmante): “*no sé por qué los individuos a veces mantienen el mismo rol [de víctima] de la infancia... y a veces lo cambian para identificarse con el agresor*” (1999, pág. 143).

Los diversos destinos de chicos abusados

Después de haber trabajado con un cierto número (aunque limitado) de pacientes adultos con los cuales he podido analizar la vivencia de tal evento traumático, me ha parecido interesante intentar comparar sus trayectorias de vida, aún sabiendo que sus historias, a pesar de que se hayan desviado en su curso natural por tal acontecimiento trágico, se han construido a partir de la intersección de mil factores que no podremos abarcar jamás sino de forma extremadamente simplificada: ni tampoco queremos cuestionar la presencia de la libertad humana, que puede imprimir giros e interrupciones a caminos que parecen ya prefijados.

Espero que estas reflexiones puedan proporcionar alguna indicación operativa que consuele un poco a quien hoy en día se debate en la angustia de cómo evitar que un drama de este tipo pueda destruir la vida de un hijo propio o de un niño del que se hace cargo profesionalmente.

Una joven pareja, hijos de amigos míos, solicitan con urgencia una entrevista: acaban de descubrir que su hijo de cuatro años ha sido repetidamente objeto de abuso sexual por parte del bedel de la guardería privada a la que asistía.

Los dos padres se encuentran comprensiblemente angustiados: ¿Por qué el hijo ha tardado tanto en revelarles tal cuestión? ¿Tenía

miedo? ¿No se ha fiado de ellos? ¿En qué han fallado? ¿Cómo es posible que su preparación (ambos son profesores) no haya sido suficiente para evitar que permanecieran ciegos a las señales de malestar del pequeño? Y sobretodo, ¿Qué sucederá ahora? ¿Le han arruinado la vida para siempre? ¿Qué pueden hacer ellos para ayudarlo?

Factores que influyen en las consecuencias del abuso

Para iluminar una materia tan dura y misteriosa, que incluso nos obliga a echar un vistazo al futuro, la clínica nos proporciona escasas indicaciones y además alejadas de la fuerza de un silogismo (“partiendo de estas premisas, la consecuencia es que...”). Se puede, de todos modos, hacer un elenco de algunos factores que, *si bien no guardan una relación directa*, sí influyen en el resultado del abuso (véase la Declaración consensuada en temas de abuso sexual a la infancia, ratificada por la Coordinadora Italiana de Servicios contra el Maltrato y el Abuso a la Infancia- CISMAL- véase el apéndice de la obra de Malacrea y Lorenzini, 2002):

1. *La relación con el abusador.* Mientras más estrecho y significativo sea el vínculo que mantiene con la víctima, más doloroso debería ser el trauma.
2. *La edad de la víctima.* A mayor precocidad del trauma, más destructivo puede llegar a ser. Pero también, a mayor plasticidad psíquica, mayor es la probabilidad de que la herida pueda cicatrizar.
3. *Las modalidades con las que el abuso ha sido llevado a cabo.* Cuanto más invasivo haya sido, más dañino puede llegar a ser. Pero también, cuanto más oscuro y enmascarado haya sido, más difícil será para la víctima decodificarlo como un abuso.

4. *La duración.* Una mayor duración del trauma en el tiempo, se relaciona con peores consecuencias. Pero también, un único gesto aislado puede conllevar consecuencias dramáticas.
5. *Las reacciones de la víctima.* Es un factor importantísimo, en el que las personas sin experiencia piensan en raras ocasiones: mientras más capacidad haya tenido la víctima para defenderse, para poner fin al abuso, para pedir ayuda, para denunciar precozmente, menos intensos e invasivos serán los sentimientos de culpa.
6. *Los factores de protección intra y extrafamiliares* (Di Blasio, 2005), cuyo complejo cruce se suma a la dotación de recursos individuales para configurar el fenómeno que se ha dado en llamar *resiliencia* (Cyrulnik, 1999).

Cuando trabajamos en psicoterapia con alguno de estos pacientes, todos estos factores se agolpan en el ánimo de la persona, que se formula (¡y nos formula!) sin parar las mismas preguntas: ¿Por qué yo? ¿Qué tengo yo malo y equivocado que ha hecho que el abusador me haya elegido justo a mí? (Malcreea, 1998). ¿Por qué no me he defendido? ¿Por qué no he hablado antes?

La autodescalificación, en el sentido de la propia desvalorización, es el primer enemigo de estos pacientes, y por tanto, el primer obstáculo que encuentra la terapia.

Escuchemos lo que dice Anna, una mujer excepcional, de la que he aprendido mucho, y cuya terrible experiencia he contado en el libro *Malos padres* (en prensa). Los hijos de Anna le han sido alejados porque no ha protegido eficazmente a su hija mayor tras descubrir un abuso por parte de un vecino del mismo bloque, por lo que el hecho se ha repetido de nuevo. Cuando la mujer encuentra a la trabajadora

social, está furiosa por esta medida que tacha de injusta: “¿Por qué el juez ha intervenido si sólo ha sucedido en dos ocasiones? ¡A mí me ha pasado una vida entera, cuando era pequeña! Mi padre, mi abuelo, un vecino,... ¡Siempre a mí, a mis hermanas nunca! ¡Me pregunto por qué! ¿Qué tenía yo que no funcionaba? De pequeña, ¡incluso los perros lo intentaban!”

Si pasamos de indagar la vivencia intrapsíquica de la víctima a sondear su percepción de las relaciones significativas, nos daremos cuenta que al revisar las modalidades de las revelaciones del abuso por parte de la víctima, sean parciales o completas, sean o no eficaces, escuchadas o ignoradas, o al contrario, su incapacidad para hablar de ello, nos conducirá directamente al corazón de las relaciones familiares, cuyo funcionamiento hace que el niño hable o se calle, casi como si el abuso fuera revelador de la calidad de los vínculos en los que el pequeño está inmerso.

Cuando Anna tiene doce años, se dirige a su madre, con el fin de protegerse a sí misma y a la joven tía que es discapacitada psíquica, de los abusos del padre y del abuelo materno que vive con ellos. Los abusos comenzaron hace tres años. La madre contesta: “¡Sabes cómo son los hombres! Tenéis que aprender a estar lejos de ellos”. Y no hace nada. Más adelante Anna huye. La policía ferroviaria la encuentra a 600 km. de distancia. La chica cuenta que su padre y su abuelo la han molestado. La acompañan a casa: “Verás que tu madre lo arreglará todo.”. Sin embargo, nada cambia.

Primera posibilidad o situación: de víctima a agresor

La atroz experiencia de Anna, que no fue defendida y por eso hoy es incapaz de defender eficazmente a su hija, nos lleva a

un tema crucial, como hemos dicho, en el tratamiento de los hombres abusados en la infancia: la repetición del abuso. Esta terrible posibilidad, ha sido tan frecuentemente citada en la literatura científica (De Zulueta, 1993), y tan ampliamente divulgada, que ha llegado a representar una preocupación no menor en las víctimas que cuando son adultas nos piden ayuda.

De hecho hoy en día ya no es excepcional como hace tiempo que una persona, más a menudo mujeres pero también hombres, llegue a la consulta con la demanda explícita de elaborar una historia de abuso infantil, que cree relacionada con sus actuales dificultades, frecuentemente en el área sexual (escasa respuesta sexual o, al contrario, tendencia a la promiscuidad, trastornos de la identidad de género,...), aunque es más común que la historia de un abuso sufrido en la infancia surja durante un tratamiento empezado por un problema o una patología específicas, frecuentemente un trastorno borderline de personalidad, con todo su conjunto de conductas autolesivas y de dependencia del alcohol o sustancias estupefacientes. (Entre los residentes de las comunidades terapéuticas para drogodependientes, la presencia en la anamnesis de una experiencia de abuso sexual es muy frecuente en las mujeres, y tampoco es rara entre los hombres). Estos pacientes, ya sean padres, o estén pensando en la posibilidad de serlos, con cierta regularidad preguntan: “¿Es verdad que existe el riesgo de que yo también pueda abusar de mi hijo? ¿Entonces prefiero dejar de vivir!”.

Para introducirnos en el mundo de los hombres abusados en la infancia, empezaré con la historia de un caso que no he conocido personalmente, pero que he seguido a través de la supervisión a un servicio especializado sobre el maltrato, caso que presenta de

manera muy clara las problemáticas que tenemos que afrontar.

Gianni, de 30 años, se dirige al Tribunal de Menores de París para recuperar el derecho de visita de su hijo Enrico, de 7 años, que vive en esa ciudad con la madre, la nueva pareja de ella, paquistaní, y el niño de 1 año de la pareja. Enrico presenta un grave retraso en el desarrollo y pasa el día en un colegio especial. Gianni cree que su ex mujer y sobre todo su pareja (que según él es muy severo como todos los musulmanes) no cuidan del niño como es debido. Quisiera poderle tener consigo durante algunos periodos en la ciudad de la región de Emilia (zona del centro-norte de Italia) donde vive con su segunda joven mujer, embarazada, o, como alternativa secundaria, hacerle pasar las vacaciones de verano en Sicilia con la abuela (la madre de Gianni), que cuidó de él en sus primeros años de vida.

La medida de suspensión de las visitas del padre a Enrico fue debido a que su ex mujer mencionó que cuando dejó a Gianni mudándose de Sicilia a París, fue porque no confiaba en él ya que tenía un antecedente penal: con 20 años había sido arrestado y condenado por abuso sexual sobre un niño de 6 años.

En respuesta a la petición de Gianni de poder ver al hijo, el Tribunal encarga una investigación al Servicio Tutelar de Menores de su lugar de residencia. Interrogado por los trabajadores del Servicio en relación al abuso cometido, Gianni lo reconoce, aunque minimiza la importancia de su acción; decía que fue hacia un niño tunecino, abandonado a sí mismo, que frecuentaba la obra donde él trabajaba. En una entrevista posterior contará, con mucho malestar, haber sufrido la misma experiencia a la misma edad y en circunstancias idénticas.

Llama mucho la atención en esta historia la escisión entre la idealización que el hombre manifiesta de sí como padre (soy mejor que mi ex mujer y su pareja en la forma de

afrontar el cuidado de un hijo difícil) y la banalización del sufrimiento provocado a un niño casi de la misma edad que el suyo.

Veamos el desarrollo de este mecanismo de escisión en los dos siguientes casos, de pacientes que encontré en el Centro para el niño maltratado de Milán (CbM), ambos son padres maltratadores y violentos derivados por el Tribunal de Menores después del alejamiento de los hijos, en ambos casos tanto los hijos como sus respectivas madres fueron ingresados en una casa de acogida. Se trata de dos hombres (cuyas historias, como la de Anna, se pueden encontrar detalladamente en mi libro *Malos padres* que han recorrido la trayectoria de víctima a agresor.

Antonio es investigado penalmente por dos gravísimos episodios de maltrato físico hacia su hijo recién nacido, Loris, que con pocos días de vida sufre una fractura de cráneo y, después de algunos días tras volver a casa después de un largo ingreso en el hospital junto a su jovencísima madre (el padre también tiene poco más de 20 años), la fractura de una tibia. El joven, asustado por la idea de ser condenado y encarcelado, niega con fuerza haber sido el autor de las conductas violentas (reconducidas de manera fantasiosa a una primita que entraría en la cuna con botas), y termina por atribuir las a su problema de sonambulismo.

Le pregunto entonces por qué no se ha tratado nunca el sonambulismo, descubriendo que el joven sufre durante las horas diurnas de pérdidas de conciencia, que empezaron durante el servicio civil, que Antonio hizo como “acompañante” en el autobús que llevaba a los niños a la guardería municipal: cuenta que en aquel periodo cuando devolvía a los pequeños a las madres a veces tenía que reprocharlas si eran bruscas o maleducadas con los hijos, pero le contestaban que se metiese en sus asuntos (“¡que sabes tú con 18 años de niños!”). Además, con gran pena, tenía que darse cuenta que

no todos los niños respondían a su cariño, incluso algunos estaban asustados: cuando llegaba a casa se miraba al espejo para entender qué había en él que provocaba temor. Allí empezaban sus desmayos, que podrían hacer pensar, en una persona gravemente trastornada y que sufre como evidentemente le pasa a Antonio, de un trastorno por estrés post-traumático.

El joven es el último de los once hijos de una familia multiproblemática, en la que dos hermanitos fueron dados en adopción con la intervención de los servicios, y otro “cedido” a familiares y nunca más visto. Tras el shock debido a la pérdida de los hijos adoptados, la madre de Antonio, campesina analfabeta, se reúne en el norte de Italia con el marido, él también analfabeta, donde nacerá el último hijo. Las carencias y la falta de cuidado que Antonio sufre en la infancia, criado por el hermano y la hermana mayor, en su historia están escondidas bajo el velo de la idealización.

Sólo tras mucho esfuerzo mencionará que desde el inicio de la escuela primaria comenzó a vagabundear por el pueblo en vez de ir a la escuela, y se benefició de una especie de acogimiento espontáneo por parte de la mujer del alcalde del pueblo, que le ayudaba a hacer los deberes, le daba de merendar y le enseñaba a no usar palabrotas.

A los once años, como le ocurrió hace años a dos de sus hermanos mayores, es retirado por parte de los Servicios Sociales y lo llevan a una institución (“pero sólo para hacerme estudiar, no porque hubiera problemas en casa”). Aquí, cuenta Antonio con gran dificultad y vergüenza, que fue sometido a repetidos abusos por parte de un sacerdote. Los favores sexuales eran extorsionados, tanto a Antonio como al resto de chicos, con extrema violencia, hasta que las víctimas lograron rebelarse dirigiéndose al director del Centro, y el abusador fue despedido (pero no denunciado). Antonio nunca antes había hablado de estos abusos (“*si no mi padre habría hecho una locura*”), sólo a su mujer y por alusiones.

Tras casarse muy joven, Antonio deseaba ardientemente un hijo, para rescatar una genealogía de padres incapaces de desarrollar su propio rol: su padre porque emigró, y el abuelo paterno por su temprana muerte, cuando su hijo tenía tan solo cuatro años. Ahora que finalmente el chico reconoce el maltrato cometido a un niño tan deseado, lo explicará así: “Yo lo quiero mucho, a Loris, muchísimo, y quería a toda costa ser un buen padre, pero él no me lo permitía, ¡porque no me reconocía! Recién nacido, cuando lloraba yo lo cogía en brazos para calmarlo, pero él nada, lloraba aún más fuerte. Con mi mujer, sin embargo, se calmaba sin problemas. Y yo me ponía muy nervioso...y entonces, quizás...lo he dejado caer” “o quizás -digo yo- lo ha tirado al suelo...” Y Antonio no lo niega.

En este momento se trata de ayudar a Antonio a confesar lo que ha hecho delante de sus familiares, que le están pagando un abogado con muchos sacrificios para defenderlo de una acusación que consideran injusta. Le preguntamos si antes sería capaz de contarles el abuso sufrido, para comprobar la capacidad de la familia de ponerse de su parte. Antonio consiente, aunque con muchas resistencias: sin embargo, en la sesión siguiente, he escuchado a su propio padre preguntarle, tras oír su revelación ¡qué había hecho él para merecerse ese castigo! De acompañar al hijo para que denunciara, ninguna posibilidad: el hombre, derrotado, aplastado por el miedo hacia la autoridad, como era ante sus ojos el sacerdote abusador, niega con firmeza: “yo jamás he enseñado a mis hijos a hacer este tipo de cosas”.

Tras finalizar la evaluación, Antonio deberá seguir un tratamiento psiquiátrico en uno de los servicios locales: pero no acudirá jamás. La mujer se reúne con él, dejando en la casa de acogida a Loris, que será dado en acogimiento. Al poco tiempo la pareja dará a luz a una niña, que morirá a las pocas semanas de vida por un traumatismo craneoencefálico. Durante las pesquisas policiales, saldrán a relucir los

abusos cometidos por Antonio a dos de sus sobrinos. Antonio se encuentra en la actualidad en la cárcel.

Esta historia pone de manifiesto el funcionamiento del mecanismo de defensa de la identificación con el agresor: para no sucumbir al trauma, el niño víctima, inerte e impotente, desplaza en el futuro una especie de represalia y de venganza. “No seré siempre tan pequeño y débil, me haré mayor y fuerte, y entonces verán de lo que soy capaz”.

Sin embargo, el mecanismo implica un precio muy alto para la psique, porque obliga a la mente a una escisión: como hemos visto en el caso de Gianni, Antonio también, en su idealización de sí mismo, se ve primero como educador (de los niños del autobús) y luego como óptimo padre, que no quiere que otros niños, y menos su propio hijo, sufran una experiencia traumática. Por otro lado, la coacción a repetir el abuso responde a la exigencia de revivir el trauma sufrido, pero esta vez controlándolo -y no sufriendolo- gracias al intercambio de rol. Para hacerlo, tiene que, por así decirlo, matar una parte de sí mismo, suprimiendo la empatía hacia el niño que se transforma en su víctima.

El segundo ejemplo es el de Fausto, uno de los pacientes más arduos y trabajosos, que hemos tenido en el Centro del Niño Maltratado, sobre todo por la sobrecarga afectiva que nos ha impuesto. También él se ha casado muy joven, subyugando con su personalidad intrigante y magnética a una mujer que se engancha al desafío que él le propone: “Cúrame la homosexualidad, que no pertenece a mi propia naturaleza, sino que es el fruto del abuso sexual que he sufrido”. El chico fue abusado con tres años por uno de sus tíos, y la relación incestuosa se ha prolongado hasta los límites de la edad adulta.

Tras el nacimiento de dos niños, el matrimonio entra en crisis: Fausto, infeliz y gravemente trastornado, agrava su patología (un trastorno de personalidad borderline) sometándose a una dieta con el fin de resultar más atractivo para los hombres que seduce cada noche, no consigue respetar las restricciones alimentarias que se impone y comienza a darse atracones y a vomitar, después a controlar el hambre con fármacos que pueden producir anorexia de base anfetamínica que consigue en el mercado negro; se descompensa, intenta suicidarse varias veces (incluso escribe una carta de acusación contra los padres por no haberlo protegido del abuso), y no es capaz de seguir trabajando. Durante el sueño es atormentado por parálisis histéricas. Cada noche se repite la misma escena siempre más violenta: su mujer intenta impedir que salga para sus encuentros en saunas y locales gay, y sus hijos están cada vez más asustados, hasta que -en respuesta a una petición de ayuda de la joven mujer- son enviados por los Tribunales a una casa de acogida junto con ella.

Fausto, parcialmente consciente de su condición, acepta un tratamiento, pero dejando claro que, si descubre que hubiéramos inducido a su mujer a abandonarlo, nos habría matado a todos: a ella, a los niños, a los operadores. Un posterior encuentro con sus padres, desconfiados y agotados, dispuestos a colaborar sólo por el interés hacia sus nietos, ya que para el hijo no tienen esperanzas, se convierte en sumamente difícil: se rigidifican cuando aparece el tema del abuso, no creen que merezcan ningún reproche, y por otro lado, es imposible hablar en serio con Fausto. En efecto, el hombre es extremadamente provocativo, siempre hablando sarcásticamente y de forma ofensiva y listo para decir todas las barbaridades que pueda, con el fin de descalificar todo aquello que él mismo dice. Incluso la reconstrucción de los hechos parece imposible: los padres mantienen que el hijo, adolescente, sedujo al tío, tan sólo 9 años mayor que él y retrasado mental; Fausto habla

de un abuso iniciado en la infancia por parte de un chico 12 años mayor que él.

Finalmente, las versiones logran aproximarse: los padres consiguen recordar que el niño, en las vacaciones en el pueblo de los abuelos y del tío, no quería dormir la siesta con éste último, y protestaba llorando porque “le molestaba”; reconstruyeron después que aquel otoño volvieron a Milán con el hijo mayor, dejando al pequeño Fausto solo con los abuelos, porque la madre esperaba el tercer hijo; comprendieron que los abusos se repitieron todos los veranos siguientes. Es en este momento cuando Fausto admite sin problemas que fue él más adelante quién le propuso al tío de mantener relaciones sexuales completas.

La madre, que al principio reía incongruentemente, se pone seria: “¡Pero entonces te ha arruinado la vida!”. Se promete a sí misma, que cuando vaya al pueblo, hablará seriamente con su hermano. También el padre se oscurece. Sólo ahora se da cuenta de cuánto ha debido sufrir su hijo, y aún más en soledad, y se culpa de haberle gritado y castigado cuando aparecían sus señales de inquietud y malestar. Llega a confesar que, para “curar” al niño de las pesadillas que tenía todas las noches, se había escondido debajo de la cama con una media en la cabeza diciendo que era un monstruo que había devorado a sus padres y que también lo devoraría a él.

Como en la situación precedente, la supresión de la empatía de Fausto no puede dejarnos indiferentes: parece buscar coactivamente una única confirmación del propio valor, la capacidad de seducir a hombres siempre distintos, a través de relaciones extremadamente degradantes. Lo mismo ocurre a menudo con las mujeres víctimas de abusos sexuales que se dedican a la prostitución, reduciendo a los clientes a meros objetos sexuales de los que aprovecharse económicamente, complaciéndose del propio poder para seducirlos y observando, de manera alejada y

fría, la dependencia erótica de estos hombres (y quizás reservando para otros la intimidad del beso, como señal de reciprocidad y de implicación amorosa).

Del mismo modo sorprende, en ambos casos, el registro del miedo: Antonio tiene miedo no sólo del abusador violento, sino también del padre, que lo considera responsable del abuso que se habría “merecido”, y de la madre que no protege a sus hijos, y que ha perdido tres, entre adopciones y acogimientos, como en el cuento de Pulgarcito, abandonado en el bosque junto a sus hermanos. Del mismo modo, Fausto ha estado aterrorizado no sólo por las vejaciones de su tío, sino también de la intolerancia sádica del padre y de la necia incompreensión de la madre: y se las arregla, de manera más explícita que Antonio, para aterrorizar a su vez a los demás.

Ha asustado a su mujer, convenciéndola para que se casara con él aludiendo a sus poderes paranormales, y aún más asustados nos tiene a los operadores, amenazando abiertamente a la trabajadora social, a los educadores de la comunidad, y también a mí, declarando poseer un cuchillo escondido en el abrigo, hasta tal punto que he terminado por quitar mi nombre del listín telefónico. Toda una sesión ha estado dedicada a una pregunta suya a la vez insinuante y descarada: “Cirillo, hoy, de uno a diez, ¿cuánto miedo tienes de mí?”

Tras una notable mejoría, posterior al restablecimiento de las relaciones más positivas con los padres tras el trabajo conjunto que hemos realizado, se produce una grave recaída cuando la mujer se separa de él y otra aún más importante cuando ella encuentra una nueva pareja, al que Fausto se enfrenta amenazándolo a él y a sus hijos. A diferencia del caso anterior, en el que estuvimos obligados a interrumpir nuestro trabajo tras finalizar la CTU (*Consulenza Tecnica di Ufficio*; peritaje técnico de oficio) y que concluyó con un nuevo drama, aquí tuvimos la

posibilidad de efectuar un largo y articulado acompañamiento, con la recuperación final de las relaciones del paciente con los hijos tras lograr una notable mejoría. Fausto se fue a vivir con un compañero al apartamento que le dejaron sus padres, reconciliándose con su homosexualidad.

Me gustaría añadir, que Fausto también presenta aquel elemento de idealización de sí mismo como defensor de los niños que hemos descrito anteriormente en los casos de Gianni y de Antonio: al finalizar la terapia colaborará con la policía, infiltrándose en las primeras redes *on line* de pedofilia, y contribuirá al arresto de varias personas.

Segunda posibilidad o situación: víctima para siempre

No todos los niños abusados, afortunadamente, se convierten en agresores: hay algunos cuyo triste destino parece ser la condena a permanecer como víctimas. Esta segunda categoría de pacientes no la encontramos por tanto como padres maltratadores derivados por los Tribunales a los servicios especializados de infancia, sino como sujetos que solicitan ayuda a nivel privado de psicoterapia o en los servicios de atención especializada y psiquiátricos, con demandas por patologías depresivas o ansiosas, con personalidades caracterizadas por escasa asertividad, dependencia, inseguridad en las relaciones con los demás: igual que en el primer grupo la agresividad se presentaba hipertrofiada e incontrolada, aquí sin embargo se presenta reprimida y censurada, mediante una especie de autocastración.

Cuando conozco a Raffaele, de 35 años, que me viene derivado, junto a los padres y al hermano, por una petición de supervisión de

uno de mis alumnos que trabaja con él, se encontraba ingresado por segunda vez en un hospital por un episodio depresivo. El anterior episodio se remonta a un año atrás, tras el fracaso de un negocio artesanal propio, en el que había invertido demasiado. Ya se habían verificado dos crisis ansioso-depresivas con anterioridad, la primera con 21 años, durante el servicio militar, cuando comenzó a sentirse feo y estúpido, y la segunda con 26 años, aplastado por el estrés generado por la puesta en marcha de su pequeña empresa. Ha descuidado las relaciones de amistad y jamás ha tenido novia, comenzando (tras cumplir 30 años) a mantener relaciones con prostitutas. Al psicólogo con el que trabaja refiere que se ha sentido inseguro desde la escuela primaria, cuando era sistemáticamente humillado y objeto de burla por parte de sus compañeros.

Con 16 años, cuando frecuentaba la casa parroquial, sufre acoso sexual por parte de uno de los sacerdotes, que lo “tocaba”. Al inicio le pareció normal: cuando se dio cuenta que no era así, pensó denunciar al abusador, pero no lo hizo; guarda un enorme rencor contra el padre, a quién se dirigió en esa ocasión para ser defendido y que no hizo nada, al igual que anteriormente cuando Raffaele se lamentaba de las burlas de sus compañeros de escuela. Tras el abuso mantuvo breves experiencias homosexuales con algunos chicos de su edad.

En relación a su madre (que presenta en la actualidad principios de Alzheimer y sigue solo parcialmente la sesión) siempre ha manifestado una dependencia excesiva: le pedía el biberón hasta los 10 años, a escondidas, y le pedía que le sonara los mocos. Pero en realidad no ha estado criado por su madre, sino por dos ancianos tíos de ella (que la criaron cuando se quedó huérfana, uno de los cuáles es ciego, debido a que los padres trabajaban en el campo); además, la madre sufría mucho por la convivencia con los suegros y las cuñadas, pacientes psiquiátricas, todos compartiendo la misma casa, tanto que una vez intentó escapar en bici con sus hijos para volver a casa de sus tíos.

En la sesión Raffaele, recordando el abuso, dice que el párroco, entre todos los chicos de la casa parroquial, lo eligió a él para acosarlo bien porque se dio cuenta de que se encontraba solo e indefenso, bien porque era “el más tonto”. El hermano, cinco años mayor, casado y con hijos, que siempre ha mantenido con Raffaele una relación muy distante, desarrolla eficazmente un rol de ayuda en la sesión, confirmando la fuga del padre, unido a su autoritarismo y prepotencia. El padre se esfuerza sinceramente por comprender los sentimientos del hijo y por reparar: incluso considera la idea de acompañarlo al arzobispado para denunciar al sacerdote (cosa que después no hará). La sesión se revelará fructífera: la renegociación de las relaciones con los dos hombres de la familia ayudará a Raffaele a afrontar en su terapia individual los problemas vinculados a la autoestima, hasta retomar una trayectoria de vida satisfactoria.

Como se puede apreciar, estamos en otro mundo con respecto a las historias de Antonio y Fausto: Raffaele se presenta como un sujeto carente de figuras válidas de apego (madre frágil, sufridora y ausente; padre distante e inalcanzable; sustitutos paternos ancianos e inválidos), precozmente entregado al rol de perdedor, a quién el abuso lo marca definitivamente, llevándolo a dudar de manera radical del propio valor masculino (como se puede apreciar en la primera crisis sintomática en el pasaje de iniciación que supone el servicio militar), que buscará rescatar después a través del éxito profesional.

Sin embargo, no aparecen características específicas de miedo, como en los casos precedentes, que agudicen los traumas y muestren más evidentes las carencias de los procesos de apego: las figuras cuidadoras no presentan características que las conviertan en terroríficas, sino al contrario, frente a la crisis revelada responden sinceramente, y al menos en parte, eficazmente, a las peticio-

nes de los operadores, movilizándose para apoyar a su hijo.

El caso que expondré a continuación confirmará estos elementos, enriqueciéndolos con muchos otros, al tratarse de una relación terapéutica mucho más prolongada y por tanto más instructiva.

Una ex paciente a quién tengo mucho cariño, Livia, y cuyo caso trataré más adelante, fue una niña abusada por su padre. Ahora que participa activamente en un círculo cultural y político ha desarrollado un sexto sentido para reconocer otras jóvenes mujeres que han pasado a través del mismo drama, y a veces, me las deriva. Esta vez, en cambio, me envía a un amigo suyo, Guido, que ha intuido también que era un superviviente al incesto.

Se trata de un chico de 31 años, muy simpático y agradable, a quién me es difícil negarle la ayuda terapéutica: le explico que yo sólo hago tratamientos familiares y las eventuales proyecciones individuales, pero él ya ha sido informado por Livia, y asegura que está dispuesto a traer a sus padres, si yo lo considero oportuno. Su seducción es evidente, pero tan cortés y agradable que termino aceptando. Y este rasgo de Guido se revelará desde el inicio como la herencia más vistosa del abuso paterno: Guido se ha modelado sobre el placer de los demás, nunca sobre el propio. Paga las sesiones por adelantado, por su cumpleaños me hace un regalo, me pregunta siempre como estoy, se levanta rápidamente cuando es la hora para dejarme con mis otros pacientes que me necesitan de verdad: un concentrado de complacencia que hace sonreír pero que inspira ternura al mismo tiempo, que no molesta, y que representa obviamente el primer material sobre el que trabajamos.

Guido presenta muchas áreas con un buen nivel de funcionamiento: tiene un trabajo exitoso, bien remunerado, un pasado de campeón deportivo, muchos amigos, con quienes comparte pasiones y distintas actividades. Las áreas

problemáticas son un cierto descontrol (tiene problemas de alimentación, discreto sobrepeso, abuso ocasional de alcohol y cannabis), repetidos fracasos amorosos, una tendencia a la susceptibilidad por la que se ofende y se aleja de los amigos que lo tachan de “pesado”, la incapacidad de defenderse de las personas a las que se entrega en modo excesivo y que terminan por aprovecharse de él. Pero la demanda que lo trae a terapia es la necesidad de reelaborar la experiencia del abuso sexual, que intuye ser el origen de todos sus problemas.

Hijo único, experimenta la separación de sus padres con seis años, quedándose a vivir con su madre, trabajadora social, y muy pronto, también con su nueva pareja. Muy apegado al padre, lo ve como una víctima de la separación de su ex-mujer, que el pequeño juzga como demasiado severa al reñirle por los retrasos con los que le devuelve a su hijo: Guido ve como su madre es apoyada por su pareja, mientras que el padre, mortificado, vuelve solo a un pequeño y lúgubre cuarto. Aquí, después de excitantes fines de semanas, en los que el niño es introducido por el papá en los secretos del bosque, de las setas, de la naturaleza, se consumará el abuso, que es presentado astutamente como un juego y como una iniciación que el padre ofrece a su hijo, y que después a él le tocará corresponder. El abuso durará cinco años, con peticiones cada vez más duras, que el pequeño vive con dolor y disgusto, pero sin tener jamás el valor de rechazar al amado padre, que por otro lado, se muestra triste y desconsolado, y que asegura la complicidad definiéndolo como “nuestro secreto”.

Es impresionante la dificultad que aún hoy tiene este joven hombre, inteligente y preparado, para desenredarse de la tela de araña que su padre ha tejido: incluso algunos años después de haber interrumpido la relación con él, herido por el incumplimiento de la promesa de regalarle un apartamento hecha por su padre, se encuentra aún extremadamente ambivalente en atribuirle la completa responsabilidad del abuso, hasta

el punto de no haber contemplado jamás la posibilidad de denunciarlo, porque todavía siente compasión por él; se apoya en la absurda explicación de que el padre haya buscado las relaciones sexuales con el hijo impulsado por la soledad, “de hecho dejó de hacerlo nada más que encontró a una mujer”, a pesar de declararse defensor de los derechos del niño y deseoso de contribuir con una fundación para la defensa de los niños. Un día, respondiendo a un anuncio de un periódico, va a casa de un hombre para comprar una moto de segunda mano, y me cuenta, con mucha compasión, que el pobrecito estaba en arresto domiciliario (y alejado de su hijo) por la “falsa acusación” de abusos sexuales por parte de dos niños, seguramente “malinterpretadas por las maestras”. Solo tras muchos esfuerzos logra poner en tela de juicio dentro de sí mismo la versión dada por este hombre.

Un giro importante está representado por su reacción al visionado de la película “*La bestia nel cuore*”, de Comencini, a la que asiste sintiéndose clavado en la butaca por una fuerza que lo aplasta. Durante la escena en la que el protagonista, que asiste a la agonía del padre abusador, pide a la enfermera que aumente la dosis de morfina, mintiendo sobre la necesidad de ayudarlo y acelerando así su muerte, es contagiado por un entusiasmo incontenible, tanto que siente el impulso de levantarse y aplaudir.

En ese punto, se abren de par en par las cataratas de recuerdos, que le llevan a darse cuenta de las sutiles estrategias de manipulación del padre para asegurarse su lealtad y su silencio: las vacaciones en campamentos nudistas solo ellos dos, el pacto de sangre que hizo con él, con un corte sobre el dedo como los héroes de los cómics, el robo “sacrilego” de la limosna en una iglesia de montaña, llevado a cabo por el padre para comprar una revista pornográfica al niño de ocho años. El trabajo sobre la asertividad comienza a dar sus frutos, con la desaparición de los comportamientos autolesivos.

Paralelamente, se desarrolla el tema de la revisión de la rabia hacia la madre, oscu-

ramente sentida como responsable de la falta de protección. Para la señora el trauma de la revelación del abuso es estremecedor. Se esfuerza por acercarse a las vivencias de su hijo y por participar en el proceso terapéutico, pero la fatiga sobrevenida por la revisión autocrítica de su propia conducta provocan rápidamente el abandono de la terapia, y un agravamiento de su intolerancia por las recriminaciones de Guido.

El hijo absorbe con gran dificultad este nuevo golpe, a pesar de que la reconstrucción hecha por la madre de la relación de pareja, marcada por la violencia del marido, logra abrir una cierta brecha dentro de él, que había defendido obstinadamente que fue la dureza de la madre la que provocaba las reacciones del padre, quizás exagerada. Se da cuenta que aún hoy salta a defenderlo en sesión cuando ella cuenta los episodios violentos de maltrato. Toma consciencia de la instigación sufrida por parte del padre, que le había contado los detalles de su programado nacimiento, y la voluntad de la madre de interrumpir el embarazo, por lo que Guido estaba vivo sólo gracias a él.

Lentamente logra aceptar los límites de su madre, que lo ha cuidado en la infancia adorándolo pero de modo formal, la dependencia sin resolver de ella hacia los padres ancianos, su inversión excesiva en relación a las personas que cuida, casi como para compensar la soledad después de sus repetidos fracasos sentimentales: y también a disfrutar sus premuras y gentilezas en el plano concreto, sin tener que atormentarla cada vez (y atormentarse) pretendiendo “otra cosa” en el terreno de la expresión emotiva.

Al trabajo psicológico, que ha durado más de dos años, se ha unido el apoyo de un abogado, con el que Guido estudia la posibilidad de pedir al padre un resarcimiento por los daños sufridos, estando prescrito el delito en el plano penal. Hoy Guido está felizmente casado y acaba de ser padre. Los temores de repetir con sus propios hijos las huellas de su pasado se están disolviendo gradualmente.

Encontramos en la historia de Guido una confirmación de lo propuesto en referencia a Raffaele: el trauma, cuyos efectos silenciosos han sido lesivos en el proceso de construcción de la personalidad, en particular respecto a la asertividad y a la seguridad en sí mismo en las áreas relacionales (no en aquellas de rendimiento profesional y deportivo), no ha sido agravado por intensas características de terror y de miedo. Por el contrario, el abusador ha sido vivido como gentil y afectivo, tanto que su idealización ha resistido en parte a la desilusión provocada por la traición representada por el abuso.

La otra figura de apego, la madre, a pesar de sus indudables carencias, mantiene algunos aspectos en buena parte positivos y nunca se le ha exigido una intervención más allá de sus capacidades, como habría ocurrido en el caso de un hijo en una condición de alarma aún más elevada (recordemos que el sistema de apego se activa como respuesta al miedo que experimenta el niño en su propia actividad exploratoria). El mecanismo de escisión del sí mismo, que describimos en el caso en los que la víctima termina por convertirse en agresor, no se encuentra aquí tan presente, aunque se perciben algunos rasgos (la justificación del hombre acusado de abuso en comparación con su aspiración de crear una fundación a favor de los niños abusados).

Tercera posibilidad o situación: el espectador

Me gustaría dedicar una última reflexión a un personaje a menudo olvidado por nuestros programas de tratamiento, que se afanan por encontrar las soluciones reparativas más idóneas para los múltiples problemas presentados por la víctima de abuso: el personaje de su hermano.

En otro trabajo colectivo del equipo del CbM de aquella época, un capítulo de Di Blasio (1990) alertaba sobre el riesgo de descuidar a los hermanos varones de la niña abusada: de hecho nuestros bien intencionados proyectos de intervención corren el peligro de reproducir, en una especie de isomorfismo perverso con el funcionamiento familiar, una escena en la que la chica ocupa el rol (dramático) de protagonista principal, mientras que el hermano es relegado al fondo, como un personaje de comparsa que se olvida rápidamente.

Mi primera paciente abusada, Mercedes, una clásica “princesita de papá”, ha sido objeto de las atenciones de él desde la primerísima infancia hasta los 16 años, cuando el abuso fue incidentalmente descubierto. La intervención tiene lugar después de la condena del padre, un sujeto antisocial, con varios antecedentes penales, que participa en las sesiones esposado. El trabajo se centra en la deformación en sentido narcisista de la personalidad de la chica, provocado por el enamoramiento (así es como él lo califica) incestuoso, asociado a la consecuente celosía destructiva de la madre rival, todavía intensamente dependiente de su marido. Ivan, el hermano dos años menor, significativamente menos brillante que la hermana, taciturno y aislado, no llega a alcanzar la atención de los operadores: naturalmente ha sido a su vez protegido, de la falta de cuidado y de los maltratos físicos del padre, y colocado en una casa de acogida como Mercedes (y él lo vive como una absurda encarcelación “por culpa de la hermana”) y participa él también en los encuentros familiares, pero siempre de manera apática y pasiva.

El trabajo en el contexto de control naufraga miseramente, por la inexperiencia de todos los miembros de la red, pero años más tarde el padre, excarcelado, pide mi ayuda en un contexto espontáneo: aunque de manera un poco

caótica, afronta algunos aspectos no marginales de su gravísimo trastorno antisocial, redimensiona sus actividades ilícitas y, separado desde hace tiempo de su mujer, emprende una relación sentimental más adecuada.

Tiempo después vuelve a verme, preocupado por los problemas de bulimia de la hija. Ella, con 21 años, está peleada con su madre, ha dejado la universidad, y convive con el novio, con el que ha empezado una actividad de artesanía. Mercedes acepta un tratamiento individual y algunos encuentros donde participa el novio. Después de un discreto progreso de la paciente, la terapia se interrumpe.

Pasan varios años y el padre se vuelve a presentar, esta vez por Ivan: me da noticias de Mercedes, que ha cambiado de pareja, tiene dos hijos, parece estar mejor. La ex mujer tiene otra pareja y ha vuelto a su pueblo, disminuyendo las relaciones con los hijos. Ivan ahora vive y trabaja con él, que ha dejado a su pareja “regular” y tiene en casa durante periodos más o menos largos prostitutas sudamericanas muy jóvenes. El hijo es un alcohólico grave y su padre lo ha obligado, después de varios accidentes de coche y conduciendo camiones de la empresa, a aceptar un implante subcutáneo de Antabuse y una terapia conmigo.

El chico está totalmente desmotivado. En las pocas entrevistas que consigo con él, me deja entrever un cuadro desolador: abandonado por la madre, ignorado por la hermana, no le queda más que su padre, colérico y violento, pero a su manera también afectivo, para no caer en la depresión y en la autodestrucción. Él también se une a una prostituta salvadoreña y proyecta casarse con ella y traer a Italia los cuatro hijos de ella.

La evolución de esta historia familiar puede permitir hipotetizar que ambos hijos hayan sufrido en la infancia de un vínculo inconsistente y distanciado con la madre, que más adelante terminará por abandonarlos.

Paradójicamente, Mercedes podría haberse estructurado más gracias a un apego

menos evitativo recibido por parte del padre (que desde muy pequeña tenía la costumbre de llevarla consigo en sus viajes en el camión), vínculo excitante y seductor que rápidamente ha revelado otra cara, la incestuosa.

El absoluto desinterés del padre más significativo e investido por el hijo varón (el padre de estos chicos no ha tenido ninguna relación con su padre, del que dice no haberle llamado nunca por su nombre) predispone a Ivan al aislamiento y a caer en la depresión.

Él también, como Fausto, Antonio y Gianni, sueña de forma no realista en convertirse en salvador de la pareja, prostituta clandestina en Italia y de los hijos de ella, como alternativa a la anestesia del alcohol. Muy similares son los vínculos de apego en la familia que sigue.

En un misterioso paralelismo, en el mismo periodo en el que recibo a Ivan, Livia, mi ex paciente (que he mencionado como la derivante de Guido) me envía a terapia a su hermano Claudio. Él, que tenía ocho años cuando el padre abusó de su hermana, tres años mayor que él, fue accidentalmente el responsable del descubrimiento del abuso, en cuanto preguntó a la madre la razón de extraños movimientos de camas durante la noche. La inmediata denuncia de la madre lleva a la encarcelación del padre y a su condena definitiva, a pesar de sus continuas proclamaciones de inocencia.

En este punto empieza el trabajo familiar (Livia ya tiene 14 años y Claudio 11: tras el alta en la casa de acogida viven con la madre, que inmediatamente se separó del marido), tanto con sesiones ampliadas (a los cuatro, a la madre con los hijos, al padre con los hijos), que con individuales (con cada padre por separado). Por supuesto la intervención no subestimaba el riesgo de una repetición de la experiencia de victimización, teniendo en cuenta la persistente negación del abusador. La presencia de un juicio penal definitivo y la colaboración incondicional

de la madre nos indujeron a correr ese riesgo y los efectos fueron notables: por un lado la chica consigue enfrentarse al padre, obteniendo por fin el derrumbe de sus negaciones y el reconocimiento del abuso, por el otro se acerca a la madre, enfocando sus aspectos de congelación emotiva que se la había hecho vivir como fría y alejada (tanto que no llegó a revelar el abuso), pero también apreciando la fuerza y la determinación.

Claudio se beneficia de un cierto acercamiento al padre, que antes privilegiaba descaradamente a la hija, frustrando continuamente al hijo que anhelaba una relación con él: cuando el padre es excarcelado por motivos de salud (antes sólo tenía la posibilidad de salir de la cárcel para participar en las sesiones), se organizan visitas protegidas entre él y sus hijos, a las que Livia, coherentemente, decide no asistir, mientras que Claudio las aprecia. Sin embargo, más tarde la madre pide interrumpirlas, preocupada por una eventual mala influencia del padre sobre el chico, que sigue distante de ella, así como ella lo es hacia él, centrada en recuperar la cercanía con Livia. Las visitas se suspenden, sin que el chico proteste.

Mientras tanto, Livia pide ella también momentos individuales de terapia, que se acuerdan y que utiliza con provecho. La misma posibilidad se le ofrece a Claudio, que por lo contrario la rechaza con decisión. Cuando el tratamiento se concluye positivamente para Livia y para cada uno de los padres, quedan muchas preocupaciones por Claudio, encerrado en sí mismo y deprimido, pero reacio a cada propuesta.

Volveré a ver a Livia con 24 años, deseosa de centrarse en las tramas infantiles por las que pasó para superar las secuelas que el abuso le había dejado. Para mí ha sido una experiencia emocionante volver a tener contacto con esta joven mujer, que había dejado como una adolescente, y acompañarla en un recorrido de consolidación de su personalidad adulta, desplegada en modo considerable, hasta el matrimonio y la elección profesional.

Y cuando este recorrido años después se acerca a la conclusión, Livia deja el sitio a su hermano, que se debate en problemas existenciales muchos más dramáticos que los de su hermana. El bloqueo global de su proyecto de vida, sin ninguna titulación, sin trabajo, ni vida afectiva, su hundimiento cada vez más bajo en una espiral depresiva, me han planteado importantes cuestiones. ¿Qué es lo que había provocado que la víctima del pasado haya sido capaz de emerger de su pesadilla, transformando -como ella misma dijo en varias ocasiones, casi con las mismas palabras de Cyrulnik en su libro *Un merveilleux malheur* (1999)- su tragedia en una experiencia de belleza y fuerza, y su hermano, que parecía haber sido sólo rozado por el drama, estuviera sucumbiendo? Y además, ¿Cómo podía ser yo, un buen terapeuta para este paciente si sentía en mí un movimiento contratransferencial muy cercano a la dinámica originaria de su familia incestuosa, sintiéndome atraído y complacido por la brillantez de Livia y por los rápidos progresos de su terapia, y sobrecargado y sintiendo rechazo por la opacidad y por la inercia de Claudio, que me parecía mucho menos dotado y estimulante que su hermana?

La revisión de las dinámicas del abuso, iluminadas por la toma de conciencia de los fenómenos transferenciales y contratransferenciales, llevó a una confesión estremecedora por parte de Claudio: “Para aquel niño (el único modo con el que el chico puede hacer referencia a los hechos de aquel entonces es describirlos como sucedidos a otro) el abuso era una fiesta a la que no había sido invitado”. A partir de esta declaración, la terapia encontró lentamente su camino.

Como se puede ver, también en este caso el hermano varón, excluido tanto de la centralidad patológica que el padre daba a su hermana, como de la atención reparadora de la madre, había terminado por ser periférico también a la mirada de los operadores.

Conclusiones: vínculos de apego y efecto del abuso

En síntesis, podemos decir que el vínculo de apego es un factor discriminante para predecir los efectos a largo plazo del abuso: cuanto más intenso es el terror asociado al trauma, tanto más necesaria es la presencia de figuras seguras y activas, que salven a la pequeña víctima del hundimiento en la vivencia de abandono provocado por la propia inerte soledad, que sentaría las bases para la identificación con el agresor.

Por el contrario, apegos inseguros, pero privados de aspectos de miedo, y por ello no de tipo desorganizado, inducirán probablemente procesos de construcción de un sí mismo más íntegro, pero entregado a un destino de falta de autoestima y de autodesvalorización, que – sin una intervención terapéutica reparativa – hará probable la repetición de experiencias de victimización.

Por esta razón, a la pregunta inicial “¿qué les ocurrirá a las pequeñas víctimas que encontramos hoy?, ¿podrán salir íntegras del trauma que han sufrido?” podemos responder con cierta confianza que la presencia de figuras capaces de garantizar un apego seguro disminuye las probabilidades de resultados infaustos constituyendo un factor fundamental de resiliencia. Nuestras reflexiones (todavía en una etapa provisional y por ello discutible) derivan de una población clínica muy reducida, pero la extensión del razonamiento nos permite pensar que exista una población no clínica en la que las heridas del abuso curadas por las figuras parentales, eventualmente apoyadas por profesionales competentes, se han cicatrizado sin dejar grandes marcas.

Por ello tiene fundamento orientar nuestro trabajo de prevención secundaria y terciaria no sólo al apoyo directo a la pequeña

víctima, sino también el indirecto, que pase a través del apoyo al padre potencialmente protector (Malacrea, 2007).

Referencias

- Benjamin, L. S. (1993). *Interpersonal diagnosis and treatment of personality disorders*. Nueva York: Guilford Press.
- Bonner, B. (2006). Longitudinal Perspective of the Abuse. Ponencia presentada en el *IV Congreso de CISMAI*, Pescara (Italia).
- Cirillo, S. (en prensa). *Malos padres. Cómo ayudarles*. Barcelona: Gedisa.
- Cyrulnik, B. (1999). *Un merveilleux malheur*. París: Éditions Odile Jacob.
- De Zulueta, F. (1993). *From Pain to Violence: The Traumatic Roots of Destructiveness*. Nueva York: John Wiley and Son.
- Di Blasio, P. (1990). Dinamica incestuosa e rapporto tra fratelli. En M. Malacrea, M. y A. Vassalli (Eds.), *Segreti di famiglia* (págs. 321-337). Milán: Raffaello Cortina.
- Di Blasio, P. (Ed.) (2005). *Tra rischio e protezione. La valutazione delle competenze genitoriali*. Milán: Unicopli.
- Green, A.H. (1994). La violencia sexual infantil: conseguenze immediate e a lungo termine e loro trattamento. *Terapia familiare*, 46, 15-38.
- Malacrea, M. (1998). *Trauma e riparazione*. Milán: Raffaello Cortina. (Traducción española en *Trauma y reparación: El tratamiento del abuso sexual en la infancia*. Barcelona: Paidós, 2000).
- Malacrea, M. (2007). Esperienze sfavorevoli infantili: migliorare l'approccio clinico. *Ecologia della mente*, 2, 151-157.
- Malacrea, M. y Lorenzini, S. (2002). *Bambini abusati. Linee guida nel dibattito internazionale*. Milán: Raffaello Cortina.